

Los umbrales de una época y su “invención”

Originariamente, el término “revolución” significaba el movimiento continuo de los astros en su órbita; en este sentido lo empleó, por ejemplo, Copérnico en el título de su obra principal *De Revolutionibus*. En el siglo XVIII cambia el significado de la palabra; ahora denota una conmoción irreversible conducente a un nuevo orden. Mientras que la acepción original estaba estrechamente relacionada –sobre todo en la Antigüedad ptolomeica– con la idea de la rueda del tiempo, en la que cada uno de los puntos se repite periódicamente, la nueva significación del término “revolución” está asociada a la flecha del tiempo: un movimiento lineal en el que nada se repite, en la que todo suceso es único. Los acontecimientos, tanto los que se consideran positivos como los que se tildan de negativos, adquieren una relevancia distinta en cada una de esas concepciones del tiempo: lo malo que se repite, pero al que una y otra vez sigue algo bueno, es algo completamente distinto a un mal, único pero que es posible que nunca desaparezca. En el modelo lineal del tiempo, los cambios revolucionarios pueden ser definitivos, tanto para bien como para mal; pueden concebirse como sucesos absolutamente dependientes de la influencia de actores determinantes. En la concepción cíclica, los actores son la larga mano de un destino ineludible.

La velocidad con la que se producen los cambios es un criterio fundamental para enjuiciar si éstos forman parte de una revolución o no. Mientras que una mejora o un empeoramiento lentos quizá sean amenazantes o agradables, los cambios violentos producen o una euforia histérica o bien desesperación. Los huracanes, los terremotos, las mareas vivas e inundaciones excitan los ánimos más que el calentamiento lento del clima mundial, el crecimiento continuo de la población mundial o la paulatina extinción de las especies. La velocidad es una cuestión de experiencia subjetiva del tiempo y de la capacidad de re-

acción. Los acontecimientos que arrullan la experiencia y sobreejecen la capacidad de reacción son revoluciones desastrosas o encantadoras aunque, por sus efectos, sean menos benignas o amenazadoras que los procesos que se desarrollan furtivamente. Entre la alteración paulatina y la revolución hay un abismo, que surge tan sólo por la velocidad con que suceden los acontecimientos, y no por la relevancia de sus efectos.

La intensidad con que se viven las revoluciones hace de éstas algo digno de temor o de esperanza. En este contexto resulta sintomático el (aparente) cambio de milenio: el repentino nuevo modo de escribir la fecha que suponen los tres ceros se asocia, en virtud de un excitado misticismo numérico, a una revolución en el rumbo de las cosas, como si los acontecimientos dependieran de su numeración. Pero donde los ánimos están excitados se actúa con agitación, lo cual puede producir realmente grandes cambios. La misma psicología con que se ven los acontecimientos es un factor en la evolución de lo que sucede.

Pero el hecho de que las revoluciones se “produzcan” subjetivamente al experimentarse, no es exclusivo de la proximidad del año 2000. En su libro de 1998, *La revolución científica*, Steven Shapin niega que ésta haya existido, que el cambio del modo de pensar que se atribuye a Copérnico, Kepler, Galileo y Newton fuera una alteración repentina. “Los historiadores –expone este catedrático de sociología de San Diego– han dejado de creer que haya existido un acontecimiento único, que pueda aislarse y localizarse en el tiempo y el espacio, que pudiera denominarse ‘la’ revolución científica. Esos historiadores incluso discuten que en el siglo XVII haya habido una entidad única y coherente llamada ‘ciencia’”. Antes bien, la revolución científica –como denominaron en los años cincuenta Alexandre Koyré y Herbert Butterfield la evolución del pensamiento que se produjo en los siglos XVI y XVII– es expre-

sión de un interés que caracteriza el modo de considerarse a sí misma la cultura científica del siglo XX. Esa cultura quiso concebirse como el resultado de un gran acontecimiento, como un proceso irreversible, del mismo modo que Francia y los países de América consiguieron su identidad nacional principalmente a través del recuerdo de revoluciones políticas.

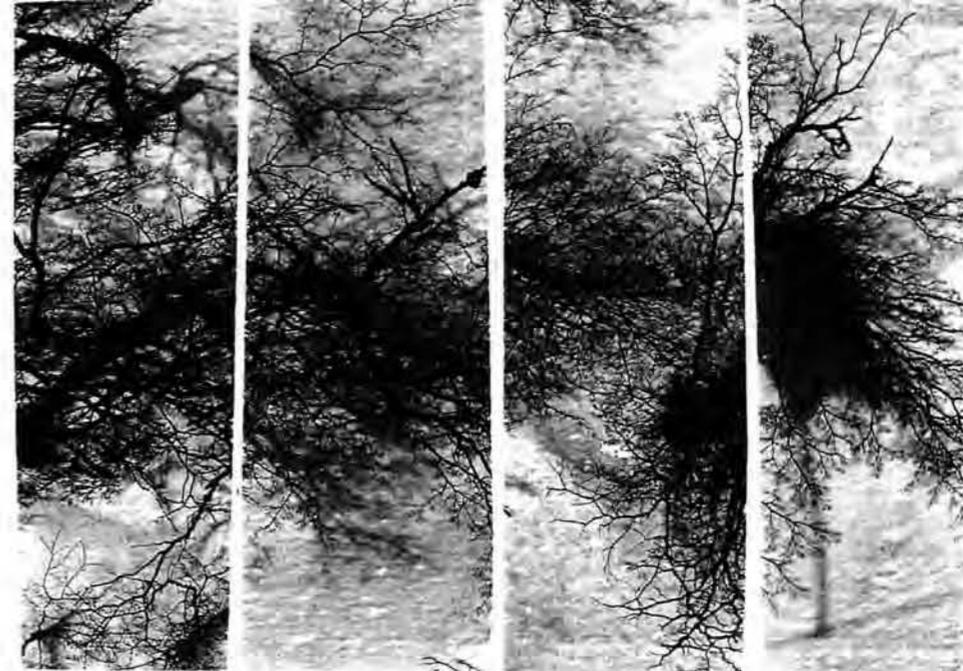
La necesidad de una revolución no sólo se dirige hacia adelante, hacia el futuro: cuando el presente se torna demasiado confuso, se buscan revoluciones en el pasado. En ese caso puede servir de ayuda atribuir la confusión presente a una gran conmoción única, para hacer que vuelva a ser transparente, al menos históricamente, mediante un mito fundacional. Si, además, se pueden admirar como iniciadores de la revolución “grandes individuos” como Galileo o Newton, el mito fundacional se funde con un culto al héroe que sirve asimismo para simplificar el estado intelectual. La realidad no es ya un ente complejo, formado a partir de muchas raíces, sino –para bien o para mal– el resultado inmediato de las ocurrencias de un Descartes, Galileo u otros, a quienes se ha llegado incluso a considerar como los padres de la navegación espacial y como los, en realidad, responsables de la polución medioambiental, porque fue “en aquel entonces” cuando, al parecer, empezó todo. De este modo se pueden “hacer” épocas, introduciendo umbrales revolucionarios en la continuidad del cambio; entre esos umbrales se puede colocar el presente en un periodo de tiempo claramente delimitado.

Sin embargo, hace ya años, Odo Marquard dijo que vivimos en una “época en que se rebajan los umbrales de las épocas”. Ante la sobria mirada de los historiadores, las revoluciones que sirven como umbral de una nueva época pierden fuerza. Cuanto más exacta sea la investigación científica, tanto más claro veremos que nuestro pasado intelectual fue tan confuso como el presente. En los revo-

lucionarios científicos se encuentran también superstición, vinculación religiosa y obligación frente a la tradición. La mística cabalística de Newton, en su interpretación del Apocalipsis de San Juan, con la que creyó calcular exactamente la fecha del Juicio Final, es sólo un ejemplo entre muchos. Por el contrario, las épocas prerrevolucionarias tampoco fueron tan tenebrosas: ya en la Edad Media se utilizó el método del cálculo y la experimentación. *Styles of Scientific Thinking in the European Tradition* (1994), el monumental libro en tres volúmenes de A.C. Crombie –una historia de las formas de argumentación y de las estrategias de explicación en el pensamiento matemático y biomédico de la Edad Media– ha sacado a la luz aspectos sorprendentes al respecto.

Siempre que el mito se transforma en historiografía exacta desaparecen las homogeneidades que hacían de él un útil mecanismo de simplificación del universo. La cultura científica moderna está perdiendo sucesivamente sus mitos fundacionales, en los que se enaltece o estigmatiza a individuos geniales por considerarlos los padres de una evolución lineal. La actual tendencia de las ciencias naturales a asumir cuestiones religiosas y a relacionarlas con su pensamiento no es ninguna novedad, después de que la revolución científica ha dejado de ser un hecho histórico. La argumentación racional que no da al texto la última autoridad, que conoce ya el experimento, es –como muestra Crombie– un fenómeno que comienza a desarrollarse lentamente, mucho antes de los héroes de la Edad Moderna. Lo nuevo de la Edad Moderna es menos nuevo de lo que se creía, y lo viejo nunca ha acabado realmente de pasar.

● Michael Hampe (Neue Zürcher Zeitung)



Geraldo de Barros (Brasil, 1923-1998)
Del grupo de obras “Sobras”, 1996-1998

Foto: Catálogo,
Museum Ludwig, Colonia 1999-2000